

TEOCINTLE

GACETA AGROECOLÓGICA

Año 1, Número 6 | Marzo 2023



MUJERES Y NIÑAS RURALES POR LA DEFENSA DE LA VIDA

**Pág. 3 La agroecología: ¿Un concepto
patriarcal y elitista?**

**Pág. 6 Reflexiones sobre el caminar
en las economías alternativas**

Contraportada: Pitenzin

Director: Alejandro Macías Macías

Consejo editorial: Red México Agroecológico, Yolanda Lizeth Sevilla García, Alejandro Macías Macías, Jesús Antonio Madera Pacheco, Héctor B. Fletes Ocón, Guadalupe Ocampo Guzmán, Dagoberto de Dios Hernández, Livier Jaqueline García López, Katie Beas Madrigal

Corrección de Textos: Katie Beas Madrigal - Diagramación: Livier Jaqueline García López

Diseño digital: Neri Alejandro González Soto - Portada: Livier Jaqueline García López - Coordinadora del número: Yolanda Lizeth Sevilla García

La Gaceta Agroecológica Teocintle es un órgano de difusión de la Red México Agroecológico y un proyecto apoyado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en el año 2023.

Registro en trámite.

La experiencia de la primera escuela ecofeminista de Jalisco

Carmen García
Flor López



Fotografía: Leticia Magaña

Una agricultura para la vida, son cinco palabras que resuenan en el trabajo de la Escuela Ecofeminista Benita Galeana, construida hace más de 8 años por formadoras populares feministas y ecofeministas. Su misión es compartir saberes a través de metodologías sencillas para que las mujeres puedan replicarlas en sus territorios y poco a poco transformen la realidad de sus hogares y sus comunidades.

Su trabajo se centra en zonas rurales y periurbanas del estado de Jalisco donde el

extractivismo, resultado del discurso del gigante agroalimentario, ha traído consecuencias sociales y ambientales devastadoras, sostienen que bajo este escenario, son las mujeres y niñas quienes se ven más fuertemente afectadas por el poco acceso a la tierra, al agua y a otros bienes naturales; además, de una situación de violencia e inseguridad sistémica que impacta fuertemente en los cuerpos feminizados por cuestiones de roles de género.

Nosotras le llamamos resarcir la vida desde la ética de cuidados. La escuela Benita Galeana ha sido un parteaguas en la creación de discursos a favor de la vida que trasciende la teoría, las emociones y sentimientos, producto de conocer el contexto de las mujeres rurales, acciona y lleva hasta los territorios actividades anuales como el foro ambiental, impulsado por la Red de Defensoras Ambientales de Jalisco, donde las mujeres tienen la oportunidad de dialogar sobre su realidad, exponer sus diagnósticos comunitarios y construir una agenda común: el encuentro de experiencias en

huertas medicinales realizado por primera vez en el 2022 en Ciudad Guzmán, Jalisco, cuyo objetivo fue conocer la experiencia de una huerta medicinal, comunicar experiencias de sus procesos similares, compartir alimentos de la cosecha de sus huertos así como intercambiar frutas, semillas y plantas para fortalecer sus propios espacios. Además, la escuelita acompaña procesos durante todo el año en temas de ecotecnologías, en la construcción y consolidación de huertas medicinales y construcción con tierra; en la parte de incidencia política, la formación de voceras comunitarias ambientales a partir de la capacitación en fortalecimiento de liderazgos, feminismos, alianzas entre grupos de mujeres y la formación de tejido social, además del eje de economía social solidaria con la integración del mercadito Flor de Luna ubicado en la Zona Metropolitana de Guadalajara, Jalisco, donde se comercializan los productos de las mujeres organizadas en cooperativas. Actualmente la escuelita itinerante está conformada por un equipo

operativo de 6 mujeres, cada una con una historia que le ha llevado a dedicar gran parte de su vida al trabajo comunitario, con los múltiples retos que eso representa en un territorio donde apostar por el buen vivir no es tarea sencilla.

Con miras hacia el futuro, la asociación civil busca acompañar los procesos comunitarios para que las mujeres produzcan y consuman alimentos sanos y nutritivos, libres de químicos, y experimenten de primera mano la experiencia de comer alimentos libres de agroquímicos, que transformen sus propias plantas y se vuelvan promotoras comunitarias en temas de ambiente y salud, como una alternativa al modelo capitalista de la medicina, para restablecer la salud con una manera de sanar más integral.

Que cada mujer o niña que camine junto a nosotras sea semilla, que, con tierra, luz, suelo y cuidados, florezca en sus territorios para que otras mujeres, al verlas florecer, quieran florecer a su lado.

La agroecología: ¿Un concepto patriarcal y elitista?

Paola Uribe Arévalo

Hablar, leer o escribir acerca de agroecología en estos tiempos puede no ser una novedad, cada vez y con más frecuencia escuchamos este término, incluso en las políticas públicas y de salud que direcciona nuestra mirada a la producción de alimentos saludables. Sin embargo, la agroecología como filosofía de vida no es del todo una primicia. Actualmente trabajo con productoras y productores de caña de azúcar en transición agroecológica y puedo atestiguar que las y los productores no necesariamente se identifican con el término agroecología. Sin embargo, si les hablan del conocimiento empírico que se ha transmitido a lo largo de su historia, de las prácticas tradicionales heredadas de generación en generación por las

familias campesinas, se sienten identificadas con experiencias y labores; principalmente resalta la relación con su tierra y con el territorio que habitan. Me gustaría hacer una invitación a detenernos ante la vorágine de argumentos teóricos que defienden la agroecología, para reflexionar un poco más acerca de la apropiación de este concepto y comencemos a entenderlo como un horizonte de vida, desde un enfoque integral.

Lastimosamente existe una tendencia elitista y patriarcal que está llevando el discurso de la agroecología a espacios donde, si bien se reconoce la importancia de este enfoque como alternativa a la pérdida de la agrobiodiversidad, no se cuestionan otras formas de dominación, los espacios de “especialistas” agroecólogos están llenos de relacio-

nes machistas y jerarquías, esto es comprensible porque la sociedad misma tiene un cimiento patriarcal, lo que da como resultado concebir a la agroecología como una moda que invisibiliza su raíz, el origen, su dualidad integral.

Desde una perspectiva feminista creemos que la agroecología no es solamente un método de producir alimentos de una manera diversificada. La historia de nuestros pueblos nos ha enseñado que la agroecología es una apuesta diversificada que encuentra forma de enlazar, de hacer simbiosis micorrízica no solo en los agroecosistemas, sino también en los tejidos sociales en la comunidad con enfoque de cuidado y bienestar colectivo, para lograr este horizonte es importante también en nuestras prácticas cotidianas, no solamente dedicarnos a producir, sino a deconstruir relaciones machistas, de descuido y de desvalorización del trabajo femenino.

Como madres de familia, amas de casa, y profesionistas, algunas veces nos da por considerar que no estamos generando acciones que nos permitan desarrollar nuestras capacidades como profesionistas; sin embargo, en el camino transitado hemos descubierto los valiosos aportes que como mujeres hacemos a la agroecología y a la soberanía alimentaria desde nuestros hogares y el cuidado de ellos. El quedarse en casa y sostener a la familia, permite que el sistema patriarcal

reconozca los aportes a la agroecología solo desde la mirada de los promotores y no de quienes la sostenemos y hacemos posible: nosotras. Con todo esto, únicamente intentamos darle un lugar público a lo que durante tanto tiempo se ha quedado resguardado en lo doméstico.

El reto de ejercer profesión como técnica promotora y al mismo tiempo ama de casa, amplía la percepción y apropiación de la agroecología como una filosofía de vida que trastoca no solamente la forma en la que producimos y consumimos los alimentos, sino la forma en la que producimos la vida misma.

Mas allá de compartir conceptos agroecológicos, con este texto se pretende visibilizar los retos a los que nos enfrentamos las mujeres, madres, trabajadoras, campesinas, profesionistas. Como una forma de legitimar y dignificar nuestro trabajo cotidiano en el territorio que habitamos, para asegurar un futuro en el que las nuevas generaciones de mujeres no tengan que luchar por conseguir el reconocimiento en sus distintos espacios. Y al mismo tiempo hacer una segunda invitación a no permitir que el Estado, la academia y el patriarcado se apropien del concepto de agroecología desvirtuándolo y elitizándolo. Aceptar la agroecología como un modo de vida implica una perspectiva femenina, que incluye las dimensiones del cuidado y la reproducción de la vida de una forma integral y sorora.



Fotografía: Paola Uribe Arévalo

Yolotlégole: Mujeres defendiendo la cultura del maíz

Melissa Galeana

Hace muchos, muchos años, cuando la tierra reverdecía sin placas de cemento, y la gente hablaba la lengua madre, en el valle de lo que hoy es Tehuacán Puebla, las mujeres cultivaban el maíz. Lo cosechaban y molían para transformarlo en eso que hoy llamamos tortillas, en tamales, en tacos.

Mujeres de Santa María Coapan, Puebla, aún conservan esta herencia alimentaria y reproducen la cultura indígena que las representa como un pueblo Nahuatl. Las coapeñas se han dedicado a la elaboración y venta de alimentos a base del maíz desde la fundación de la ciudad de Tehuacán, ya que siendo un pueblo vecino, se trasladaban para comercializar sus productos.

Es normal ver a una coapita, como se les nombra de cariño a las coapeñas, vendiendo sus tortillas, taquitos, memelitas, y otros antojitos en las calles de Tehuacán. Las tortilleras pueden tener un punto fijo de venta o pueden hacerlo de casa en casa. Las taqueras por su parte, en la mayoría de las ocasiones cuentan con un punto determinado; en el caso del mercado 16 de marzo, las mujeres cuentan con mobiliario que les permite tener una labor que cumple con las normas de salubridad y también con mayor comodidad. El mercado 16 de marzo, en el centro de Tehuacán, es reconocido como uno de los puntos de venta más importantes del Valle, no sólo para la ciudad, sino para las comunidades aledañas, como nodo de comercio entre poblaciones tanto de Puebla como de Oaxaca. En este mercado, las coapeñas tienen una historia compartida de su desenvolvimiento económico y cultural, ya que han vendido sus productos dentro y fuera del mercado desde hace décadas. Esta labor consiste en preparar y vender alimentos con base en la semilla madre de México, a un precio accesible para la clase trabajadora, comerciante y para el grueso de la población media-baja, por lo que representa sin

duda, un sostén de la alimentación en la población tehuacanera y sus visitantes.

Sin embargo, en 2017, la entonces presidenta municipal Ernestina Fernández, levantó un mandato de desalojo de los y las vendedoras en las inmediaciones del mercado, debido a un decreto que establecía el centro de Tehuacán como Centro Histórico. Dicho decreto, aunque nunca fue publicado de manera oficial, logró funcionar como justificación para comenzar una serie de desalojos sin fundamento, cargados de hostilidad y violencia hacia las vendedoras, en específico, para las coapeñas.

Fue así, como un grupo de taqueras coapeñas decidió formar en 2019 un frente unificado en contra de su represión, alentado por otros grupos auto organizados de vendedores de la zona. El grupo entró en contacto con un abogado tehuacanero, simpatizante a su causa y pronto se gestionó de manera autónoma la conformación de 16 taqueras que promovieron un juicio de amparo apelando a su derecho de trabajo digno y promoción de su cultura Nahuatl.

El grupo autonombrado Yolotlégole, que en el náhuatl de la región tehuacanera significa “corazón de maíz”, obtuvo después de casi dos años, una sentencia a su favor. No obstante, el Ayuntamiento de Tehuacán trató de hacer caso omiso de esta resolución por distintos medios, hasta que, gracias a la presión que ejercieron distintas entidades federales sobre el Ayuntamiento, poco a poco, las mujeres dejaron de ser hostigadas y violentadas.

Durante el proceso legal que tuvieron como agrupación, las coapeñas experimentaron una serie de sentimientos, por un lado, la pertenencia a un grupo indígena que antes habrían ignorado debido al constante bombardeo denigrante hacia las comunidades originarias.

Por otro lado, identificaron también sensaciones de

poder al integrar un grupo de mujeres con agenciamiento y voz sobre sus propias vidas y hacia las autoridades. Finalmente, la sororidad, la complicidad y la vitalidad no faltaron a lo interno de la organización, como compañeras, paisanas y familia.



Fotografía: Melisa Galeana

Reflexiones sobre el caminar en las economías alternativas

Las voces de todas reunidas

Fue hace nueve años que conocí lo que era participar en un grupo de economía alternativa. Yo llegué buscando espacio para vender lo que salía de mi huerta, mis tortillas, mis tostadas y algunas salsas que preparo. Pensé primero que me iban a cobrar piso, pero el panorama se fue tornando interesante a mi experiencia. Ahí hablaban de la importancia de cuidar el medio ambiente, para nosotras y para otros seres vivos. Entonces comenzamos a trabajar cómo lo que ofrecíamos era además viable desde lo sustentable, para nosotras/nosotros, para otros seres vivos, para el entorno. No me había puesto a reflexionar sobre eso, yo pensaba que el agua que usaba era parte de mi derecho, así como la tierra, que ahuyentar a las ardillas era además importante porque si no ¿cómo iba a vender?

La búsqueda de un espacio para vender se convirtió en el encuentro con un grupo que me acompañaba también en el compartir de experiencias, de conocimientos, cada semana asistíamos a talleres para dialogar sobre nuestros procesos productivos, para construir alternativas sustentables para sembrar, para cocinar, para incluso acudir a ofrecer nuestros productos partiendo de una postura política: cero desechable.

Además, el encuentro con esta experiencia me permitió vivir de cerca los procesos de otros y

otras compañeras, las artesanas, las huerteras, las médicas tradicionales, las cocineras tradicionales. Nuestros diálogos fueron importantes, han hecho eco en mi proceso de búsqueda.

La pandemia nos tocó y llevó a ser creativas, buscamos otras estrategias, pero al final el proyecto terminó pausado por procesos ajenos al grupo, el espacio donde veníamos reuniéndonos ya no dio luz a continuar. Todas y todos buscamos construir otros caminos, de eso se trata, sumarnos a otros proyectos en diversos espacios y territorios.

Tejer economía alternativa no solamente es tejer una red de producción y comercialización local, sino también tejer comunidad, tejer tribu para sostenernos. En los talleres que trabajábamos, muchas de nosotras sentíamos incertidumbre de cómo llevar a nuestra vida diaria el tema de hacer una economía justa, cómo llevar al hogar los procesos sustentables, cómo no provocar el autoengaño que nos pasa a muchas cuando empezamos y nuestro ombligo no estuvo conectado con la tierra: “Lo haré mientras me ven, pero cuando no me ven no buscaré alternativas sustentables”.

Quienes no crecimos en contextos rurales, quienes no tuvimos la fortuna de estar conectadas con la tierra, con la madre naturaleza, vamos también sanando en tribu esa relación, vamos desaprendiendo prácticas depredadoras.

El proceso no es sencillo, es lento, de altibajos, pero es importante hacerlo en grupo.

Ahora cada una de nosotras tiene un caminar en la defensa de la tierra, en la creación de espacios para provocar economías alternativas, hemos tejido redes con otras compañeras de otras regiones para seguir con el diálogo. Nos toca ahora acompañar los procesos de personas que están interesadas en sumarse a este caminar. El Pochtécatl siguió de forma permanente, sino físicamente, sí en nuestros corazones.



Fotografía: Cortesía de Pochtécatl

Lo que mi huerta me cuenta

Nadia Xochiquetzalli González Briseño

¿Qué puede contar de la siembra alguien que nació en la ciudad? que creció pisando más asfalto que tierra. ¿Puedo narrar algo más que historias e ilusiones de que pertenezco a alguna tierra, más allá de la que puedo rentar por un mes, en medio de las sectas inmobiliarias? ¿Cómo hablo de semillas si no tengo memoria? Creí que solo eran nostalgias y que no soy digna de ello. Me imagino que así se ha de sentir ser fantasma. Pero una semilla quedó en el pavimento, las historias de mi papá, cuando me contaba que mi abuelito sembró milpa en un pedacito de su patio hasta su último día. Y que, si se fue, fue porque le llenaron de cemento ese pedacito. Quizá sí quedó otro pedacito de tierra, en donde mi bisabuelita materna sembró un limón, que aún me da limones para regalarle a quien se deja. Quizá en las sábilas de mi tía abuela, que aún sacan flores de las que comen los colibrís. Quizá si hay memorias, de aquí y allá y no son nada más nostalgias. Quizá las siento cuando visito Chapala, Jalisco, que fue tierra de mi bisabuelita paterna, quizá si tengo un tantito de sangre Coca, que no se rinde. Quizá también del papá de mi abuelita, que defendía y repartía semillas de frijol cuando el cacique lo prohibía. Quizá si tengo memoria, si la busco. Quizá sí tengo semillas, esperando una tierra para germinar. Quizá la semilla soy yo, porque dentro de mí están esas historias, que cuando el viento

me lleva sin que pueda resistirme, me aconsejan y consuelan suavemente.

Ojalá que la vida me dé chance de sentir que sí fui semilla y que sí florecí, que no se perdió la memoria de mis abues porque sí latió en mí. Porque sí le hice caso, cuando me dijo: “siembra, siembra, aunque sea poquito. Ahí encuentras la esperanza. Aunque sea en un bote de refresco, aunque sea nomás cilantro, siembra. Aunque sea una maceta, un balde o una jardinera chiquita. Busca el suelo bajo el pavimento, deja que respire, que se moje, que se llene de animalitos, de plantas “solovinas”, ve qué brota, así sin esperar, ve qué brota. Abona el suelo, con tus amores, con tus tristezas, con tus corajes. No le tengas miedo a nada, todo es abono cuando se trabaja con amor. Dale tiempo, para que se descomponga, a lo que tarde más, deja que lleguen a ayudarte, los gusanos y las cochinitas, que desbaratan y son el alma del suelo. Busca semillas, busca historias, de tus amigos, de tus amigas, de tus enemigos también. Elige lo que quieres sembrar, lo que quieres que crezca, es tu tierra, tú sabes que dejas que se enraíce. Aprende a recibir, la plantita que te regala la comadre, la compañera que tiene años sembrado, el compañero que sí heredó semillas de sus abuelos, recibe, agradece, comprométete a sembrar y cuidar, a cosechar y compartir. Siembra con emoción, desespérate porque no sale nada,

equivócate y riega de más, distraete y riega de menos, agüitate porque se te murió la planta, se secó, se llenó de bichos, que te la podaron las arrieras. Enójate con las arrieras, date cuenta que sólo hacen su trabajo ¿tú hiciste el tuyo? Aprende a mirar la luna, aprende a mirar dónde pega el sol y cuánto rato. Aprende cómo si dejas esa mata de jitomate ahí se va a secar. Aprende que la lavanda es celosa. Aprende que la ruda y el romero te cuidan de los malos deseos de la vecina. Aprende que cada planta tiene su personalidad y unas no se llevan bien con otras, así como tú con unas, ya sabes con cuáles. Aprende a escuchar las historias en el huerto, aprende cómo se cuidan entre sí, que el cempasúchil cuida al maíz, que el maíz se pone triste sin el frijol, que la calabaza los cobija, que no se siembra arriba del surco, pedazo de “urbana zopilota””.

De mi huerta aprendí que soy suelo y me siembro vida. Soy cuerpo y florezco. Que también me seco, me marchito y vuelvo a nacer. Que me polinizan otras plantas, me acompañan, me visitan insectos, algunos me invaden, otros me acompañan a crecer. Aprendí que a veces las tormentas nos arrasan, pero que nuestra raíz vuelve a brotar y donde ya

no tenga esperanza, ahí hay que mover el suelo, abonarlo, dejarlo respirar y volver a empezar, mi cuerpo igual.



Ilustración: Nadia Xochiquetzalli

Senderos agroecológicos: apuntes autoetnográficos

Norma Helen Juárez

En la literatura y diálogos sobre las mujeres y su importancia para impulsar una agricultura sustentable, poco se ha dicho sobre las mujeres que nos acercamos al campo desde la investigación con el interés por el estudio de los procesos de cambio hacia una agricultura sustentable. Mi compromiso como académica por el estudio y promoción de la agroecología, no se entiende sin las memorias de mi infancia. Cuando niña esperaba impaciente las vacaciones para ir a mi pueblo a jugar con mis primos en la parcela de mi abuelo.

Comíamos elotes asados al pie de la parcela, subíamos a los árboles y desde ahí podía ver los campos de maíz, las calabazas, los árboles frutales y el arroyo que corría limpio junto al camino que llevaba a la plaza.

Aunque el resto del año me encontraba en Guadalajara, el espacio más familiar para mí después de la escuela, era un puesto de jitomates y cebollas de mi querido tío- abuelo a quien siempre llamé “Papá”. Este lugar fue el sitio en donde aprendí mucho del arte de la comercialización de alimentos frescos.

Aprendí a apreciar el trabajo del vendedor y su importancia como un filtro para llevar al consumidor productos en óptimas condiciones.

Desde aquel tiempo ya se escuchaba hablar sobre las problemáticas del campo. Mi tío fue campesino en su juventud, y con apenas dos años de estudios, entendía bien el nivel de abandono del campo y conocía la forma en que las nuevas políticas neoliberales afectarían al campesinado. Crecí escuchando sus preocupaciones sobre la vida del campo y su crítica constante a las políticas de gobierno que no reconocían la importancia del pequeño agricultor. El discurso del progreso no valoraba los saberes de los pueblos campesinos e imponía la industrialización del campo como única vía posible para su desarrollo. A cada retorno a mi pueblo natal, podía apreciar cómo aquel bello lugar de mi infancia se iba deteriorando rápidamente. Tarde que temprano estas experiencias de la infancia tomarían otro sentido y serían el impulso que me llevaría a mirar y admirar a aquellos hombres y mujeres que estaban en su día a día haciendo acciones de resistencia para frenar la degradación del entorno natural al rechazar el modelo agroindustrial. En los últimos años, mi colaboración con colegas investigadores preocupados por el daño en la salud que está provocando la contaminación por uso de agroquímicos de los niños y niñas del campo, me ha mostrado que la problemática nos

está superando, que estamos llegando tarde en la implementación de alternativas para recuperar la salud de la tierra y nuestros cuerpos.

El sueño de una vida digna y saludable para los trabajadores del campo, para la tierra y quienes dependemos de ella, es la inspiración que sostiene mi compromiso por dedicar mis días al estudio de los procesos de cambio hacia la sustentabilidad, el comercio local y formas sustentables de existir. El deseo de sumar a un cambio me lleva a mantenerme tanto en labores de investigación, como en acciones concretas que permitan promover la producción y comercialización de alimentos sustentables, fuente de salud y bienestar para todos, y en especial, para garantizar la salud de nuestra infancia.



Fotografía: Cortesía de Norma Helen Juárez



Fotografía: Leticia Magaña

Receta para corazones tristes

Josefina Reyes

Cuando te llegue la tristeza, voltea a ver al bosque. Ahí hay plantas que te pueden ayudar a sanar el corazón y el alma. Busca en el camino valeriana, para que se calmen tus nervios. Busca también, colgada entre los árboles pasiflora, puedes hacerte un té o puedes hacerte agua fresca. Quizá encuentres zarzamoras silvestres, tu centro de mujer te ayudará si te haces un té de sus hojas y su fruto. Algunas mujeres de las comunidades sembramos manzanilla, la manzanilla nos ayuda con el pesar del alma, hazte un té. Las hierbas han sido nuestras aliadas por mucho tiempo, desaparecen también con la presencia de otros cultivos que no son de nuestra tierra. Hay que dejarnos sentir, hay que llorarlo todo, ser amables con nosotras mismas, proteger nuestro corazón como debemos proteger las plantas medicinales de nuestras tierras.



Fotografía: Lizeth Sevilla

Nopales en chile de tomate milpero

Josefina Guzmán

Te voy a contar una receta que preparamos acá en la sierra cuando nos venimos a la parcela a trabajar. Aquí en la parcela tenemos nopales, tomates, chiles, ajos. Procuramos tener cebollas también. Cuando se acerca la hora de comer nos vamos a cosechar lo que necesitamos para cocinar. Una comida que nos gusta son los nopales en Chile de tomate milpero. Primero pelas los nopales, no le dejes ajuates. Los picas en tiras. Los pones en la olla con agua, agrega un cuarto de cebolla y un puño de cilantro. El nopal te avisa cuando está listo porque cambia de color a un verde seco. Entonces agregas sal si quieres.

Aparte pones a azar tomate milpero, unos chiles secos, ajo y cebolla. Cuando estén chamuscados pones primero en el molcajete sal y los chiles, conforme vayan quedando triturados agregas la cebolla, el ajo y los tomates. Debes tener ya una cacerola con tu manteca caliente, agrega la salsa que acabas de hacer para que se cocine. Después agrega los nopales ya lavados. Algunas personas no les gusta con baba. Un consejo es agregar un tozo de papa cruda, además de que su almidón ayudará a que tu salsa quede espesa, también absorbe un poco la baba.

Echa tortillas y buen provecho.

Escuelita Agroecológica Pitenzin

Consejo Editorial

Desde el proyecto Transición agroecológica en la agricultura de pequeña escala en tres regiones agrícolas de México el Dr. Alejandro Macías Macías y la Mtra. Yolanda Lizeth Sevilla García en conjunto con las y los campesinos de la comunidad de El Rodeo, Mpio. de Gómez Farías, Jalisco, impulsaron Pitenzin. Escuelita Agroecológica para niñas y niños. Es así como desde Noviembre del 2022 comenzaron a trabajar siguiendo otras pedagogías que coadyuvaran a

sumar a las niñas y los niños en el saber de la agroecología y rescate de sus saberes. Entre el bosque, sin aulas, trabajan cada sábado de 9:00 a 12:00hrs, hablando de las plantas endémicas, de los seres vivos con quienes se convive cuando hacemos huerto, del reciclaje, de la composta.

Desde la Gaceta Agroecológica Teocintle les felicitamos por el día de la niña y el niño. Que vengan más generaciones de infancias en el bosque y la agroecología.



Fotografías: Lizeth Sevilla

Comunidad autónoma ratonil

Nadia Xochiquetzalli González Briseño

Los huertitos son una fuente de sabiduría muy canija. Tenía muchito sin venir a este. Me contaron que tenían la bronca de que encontraban la manguera mordida y ya andaban viendo la manera de cazar / matar a esos ratones. El tema se a-bordó así:

Hicimos un tribunal, dónde se acusaba a la comunidad ratonil de vandalismo, destrucción de la propiedad privada, de homicidio no intencional (por las plantas que no aguantaron los días sin riego de la manguera rota) y de terrorismo (porque habían asustado a un par de personas que intentaron ir a regar el huerto). Se les sentenciaba a pena de muerte o se les perdonaba la vida si se exiliaban.

La comunidad ratonil hizo un riot (ritual originario ratonence de protesta ante la injusticia)

demandando un juicio no antropocéntrico.

El nuevo estrado estuvo representado por una lombriz, dos pájaros y una anciana cucaracha.

Presentaron el caso diciendo que se trataba de un ecocidio. Pues ahí al lado hace no mucho había un río (que los humanos ahora llaman calzada y antes río San Juan de dios) que fue entubado junto con desechos humanos y que ya nadie quería o podía beber de esa agua.

Declararon heroica a la comunidad ratonil y señalaron el crimen de acaparar y privar del agua a otros seres vivos a través de el sistema de tubería.

Se llegó a un arreglo temporal de que se tendría de instalar un bebedero comunitario en el huerto y que la comunidad humana tiene una deuda histórica por reparar



Ilustración: Ariadna Sánchez



Ilustración: Tatei Aramara

